

LA CULTURA AL SERVICIO DE LA ECONOMIA

Por FELIPE PAZOS

Este trabajo fue leído por su autor en la tarde de hoy a las 5.15 ante los micrófonos de la emisora RHC-Cadena Azul y es la vigésima de las radioconferencias que presenta esa difusora, respondiendo así a la invitación expresa hecha a los intelectuales cubanos por el doctor Saladrigas, en su discurso del 21 de abril.

En su discurso del «almuerzo de los intelectuales», acto de vinculación inteligente entre el ilustre candidato presidencial de la Coalición Socialista, Democrática y las figuras más eminentes de las letras, las artes y la ciencia de Cuba, Fernando Ortiz centró su pensamiento en las siguientes palabras: «La orientación de la cultura cubana, sin desarraigarse del pasado troncal, ha de ser más y más científica y menos especulativa, retórica y tradicionalista; porque sólo por la ciencia el pueblo cubano podrá ser bien nutrido, bien tratado, y llegar a sentirse satisfecho, potente y libre. Cuba necesita incorporarse plenamente a esa corriente científica si no quiere menegar al margen de los caminos. Mas laboratorios experimentales más enseñanza de especializaciones, más escuelas técnicas, más talleres de aprendizaje, más estímulos a las aplicaciones científicas, más museos, más bibliotecas y más disciplina y seriedad en los estudios».

Estas palabras del gran animador de nuestra cultura, y primero y más fecundo y proteico de nuestros actuales pensadores, fijan no sólo una orientación cultural sino una política económica, y, precisamente, en su proyección más olvidada por nuestros políticos y economistas: la industrialización a través de la ciencia, a través de la preparación técnica de los hombres que habrán de realizarla y del examen científico de los elementos materiales que habrán de ser su objeto.

A pesar de que la técnica científica es el elemento primordial de la industria contemporánea, los cubanos acostumbrados a olvidarlo y a considerar sólo los factores mercantiles y financieros al proyectar o realizar los planes para nuestro

fomento industrial. Nos ocupamos de la protección arancelaria, de los tratados internacionales y de las exenciones fiscales; comprendemos la necesidad de ampliar las facilidades crediticias y la conveniencia de administrar subsidios y de que el Estado haga frente a los riesgos de las nuevas empresas aportando una porción del capital de instalación; y discutimos las ventajas y desventajas de la depreciación monetaria como instrumento de una política de industrialización. Pero nos olvidamos de que el establecimiento de nuevas industrias requiere técnicos especializados que determinen cuáles tienen mejores posibilidades en nuestro medio, que las planeen y que las dirijan. Nos olvidamos de que la creación de nuevas plantas productoras y el mejoramiento de las existentes requieren la experimentación previa en laboratorios acondicionados al efecto; de que no es posible lanzarnos a la industrialización de la fibra del ramí, de la rosella o del plátano, por ejemplo, sin determinar previamente sus respectivas resistencias tensiles y demás cualidades de las mismas y experimentar con todos los posibles procedimientos para la descortezación, secamiento, peinado y demás operaciones necesarias; y de que todo esto requiere la preparación de técnicos y la existencia de laboratorios industriales. Nos olvidamos de que nuestra Universidad carece de una Escuela de Ingeniería Industrial; de que a pesar de estar sobresaturados de profesionales en los demás sectores, nuestra Ley de Nacionalización del Trabajo ha tenido que establecer excepciones para los técnicos industriales porque no hay suficientes técnicos cubanos; y de que no existe un sólo laboratorio industrial de investigación y experimentación, ni oficial ni privado.

No es necesario aclarar, sin embargo, que la falta de instituciones de educación y de experimentación industrial no obedece simplemente a nuestro olvido o falta de voluntad, sino que es una consecuencia natural de nuestra estructura económica y de nuestro estado de desarrollo industrial. No tenemos Escuela de Ingeniería Industrial porque carecemos de industrias suficientes para poder emplear a sus graduados.

Pero estos obstáculos y resistencias no son, ni con mucho, insuperables. Significan, sencillamente, que la educación y la investigación científicas no se desarrollarán en Cuba espontáneamente, sino que el Estado tiene que implantarlas y fomentarlas. En lo que respecta a educación, el Estado tiene no sólo que

fundar la institución adecuada, que conceder becas y que traer profesores y conferenciantes, sino que garantizar empleo a los graduados y a los becarios, hasta que éstos vayan siendo absorbidos por la industria. Y en lo que respecta a investigación que crear el laboratorio mediante la contribución voluntaria u obligada de todas las industrias, en proporción a su volumen económico. Y ninguna de ambas cosas ofrece mayores dificultades.

El único obstáculo real con que podría tropezar un programa de esta naturaleza sería una falta de fe en la ciencia como vía de mejoramiento económico, o que nos invadiera el complejo de inferioridad de que no podemos incorporarnos al movimiento científico de nuestro tiempo, sobre el supuesto de que la ciencia es el producto sedimentado de muchos años de cultura o el patrimonio exclusivo de los pueblos ricos. Pero a esa falta de fe podemos contestar diciendo que la economía contemporánea es sólo ciencia aplicada y sólo por la ciencia podremos descomponer la molécula de nuestro azúcar y sintetizar sus elementos en la gama sin fin de productos que nos ofrece hoy la química del hidrógeno y del carbono. Que la ciencia, aunque producto de siglos de estudios, de experimentación y de trabajo, es, por su propia esencia transmisible de maestro a discípulo y, por consiguiente, transplantes de un pueblo a otro, como nos lo demuestran el pavoroso aunque admirable ejemplo del Japón y el formidable éxito guerrero de la Rusia Soviética. Y a la objeción de que nos somos ricos, podemos contestar que ahora tenemos medios suficientes para montar un laboratorio industrial de primer orden, si concentramos sus trabajos en un número reducido de líneas de investigación. Si la industria azucarera invirtiese en investigación un uno por ciento de sus entradas brutas, como hacen las industrias químicas de los Estados Unidos, nuestro laboratorio podría contar con tres millones de pesos anuales concentrados en la investigación del azúcar y de sus derivados, y podría contratar los mejores químicos y ser el primero de su clase en el mundo.

Tengamos fe en la inteligencia, en el espíritu. Ahora que tenemos medios relativamente abundantes, juguemoslo todo a la carta de la Ciencia. Tengamos fe, con don Fernando, en que «sólo por la ciencia el pueblo cubano podrá ser bien nutrido, bien tratado, y llegar a sentirse satisfecho, potente y libre», ya que a ello hemos de arribar en las próximas etapas históricas del nuevo gobierno presidencial, si éste es regido como esperamos por el doctor Carlos Saladrigas y Zayas.

Paris, May 26/44

3.-Reservados el derecho

1.-Reservados el derecho

9.-Reservados el derecho

2.-Reservados el derecho

5.-Reservados el derecho

2.-Reservados el derecho

3.-Reservados el derecho

de bloqueo a antelación

ción o transacción

ALV OXGAVIIZVDOKV BYOAI2IONVT

en los asuntos jurídicos en

función docente, lo mismo se

esto en la legislación a la

con textos de autores

Reservados el derecho

Reservados el derecho

Reservados el derecho

Reservados el derecho

Reservados el derecho